

CARLOS TAIBO

Antineoliberales, anticapitalistas

Nuestro propósito principal estriba en sopesar dos respuestas bien diferentes que la crisis en curso ha acabado por suscitar en el marco de la izquierda. Una, pretende la recuperación de la institución del Estado del bienestar, renuncia a remitirse a problemas de fondo en el funcionamiento de la civilización capitalista y se centra en la acción institucional, es decir, en promover leyes que reconstruyan la regulación y alentar el despliegue de un sindicalismo de pacto. La otra, reclama con urgencia salir del capitalismo, promueve ante todo la acción desde la base de los movimientos sociales críticos, plantea la creación de espacios de autonomía, reivindica el asentamiento de fórmulas autogestionarias, discute las formas de propiedad hoy imperantes y se pronuncia, en el Norte opulento, por proyectos de decrecimiento y de cuestionamiento de la lógica del consumo.

S olemos prestar mucha mayor atención a los elementos materiales –las crisis económicas, los indicadores que presuntamente las retratan, los programas de respuesta– que a las tramas ideológicas que los acompañan. Ello es así, entre otras muchas razones, por una que se antoja obvia: la identificación de lo que ocurre al calor de esas tramas es a menudo dificultosa en un marco general en el que los procesos afectados tardan, por lo demás, en reposar.

Aun con ello, no es difícil avanzar una idea general en lo que respecta a lo que ha sucedido en los últimos tiempos con un proyecto ideológico que ha hecho correr mucha tinta: el neoliberalismo. Señalemos por lo pronto que, acaso con ocasión de los dos primeros años de manifestación cruda de lo que hemos dado en llamar *crisis financiera*, el proyecto neoliberal pareció plegar banderas. Con el paso de los meses ha ido recuperando, sin embargo, presencia pública. No se trata sólo de certificar al efecto una evidencia empírica, como es la de que ese proyecto sigue inspirando hoy de manera franca el grueso de las políticas que abrazan, en los Estados miembros de la Unión Europea, gobiernos liberales y socialdemócratas. Hay que referirse también a la reaparición pública del neoliberalismo en el propio teatro de las disputas ideológicas –si hay tal cosa hoy entre nosotros–, amparado en dos circunstancias diferentes. Si por un lado se ha hecho valer la extendida asunción de que no hay otras alternativas, por el otro, y desde el propio discurso neolibe-

Carlos Taibo es profesor de Ciencia Política y de la Administración, UAM

ral, se ha perfilado una ingeniosa explicación de lo acontecido en los últimos años: lo que habría fallado serían las personas, de tal suerte que la propuesta neoliberal, como tal, conservaría todo su rigor y credibilidad. Si así se quiere, y en fin, con el neoliberalismo habría sucedido algo similar a lo que ha ocurrido con la palabra *globalización*, ingeniosamente retirada de la circulación durante unos años para evitar, sin duda, que quedase contaminada por los estigmas negativos que acompañan a la crisis en curso.

No son, sin embargo, los avatares ideológicos del neoliberalismo los que nos van a interesar en este texto. Nuestro propósito principal estriba, antes bien, en sopesar dos respuestas bien diferentes que la crisis en curso ha acabado por suscitar en el marco de la izquierda –no nos detendremos ahora a glosar las ventajas y las desventajas que acarrea este término– que contesta, o quiere contestar, las políticas oficiales. La tarea correspondiente parece tanto más urgente cuanto que, en un escenario de convulsiones y premuras, disputas como la que aquí nos atrae pasan a menudo, y literalmente, inadvertidas. Y eso que hay quien dirá, cargado de razón, que hablando en propiedad esas disputas nada tienen de nuevas.

El primer diagnóstico: reconstruir los Estados del bienestar

La primera de las respuestas invocadas parte inexorablemente –de lo contrario no hay forma de explicar el sentido de su propuesta de fondo– de la certeza de que el capitalismo como sistema conserva, pese a todo, buena parte de su vitalidad de antaño. En su defecto presume que la capacidad de atracción de un proyecto alternativo al capitalismo es tan nimia en estas horas que no merece la pena prestar atención a semejante opción.

El diagnóstico que nos ocupa se asienta en una certeza: la de que los problemas que acosan hoy al capitalismo tienen su origen en la desregulación que ha acompañado indeleblemente a la revolución neoliberal. Lo que estaría en crisis, de resultas, no sería el capitalismo en sí, sino la versión desregulada de este último. La mentada revolución neoliberal habría acabado con muchos de los equilibrios anteriores y habría puesto en peligro, en singular, una institución decisiva como es el Estado del bienestar. Así las cosas, la respuesta no puede ser otra que la que reclame la reconstrucción de la regulación perdida y, con ella, el retorno al estadio anterior a la irrupción fulgurante de las prácticas neoliberales. Importa mucho subrayar que desde esta perspectiva se postula que la única tarea honrosa es la que reclama, *en exclusiva*, el reflotamiento de los Estados del bienestar. Cualquier propuesta que exija algo más es objeto, en consecuencia, de inmediato rechazo. No sólo eso: la demanda omnipresente de reconstruir la regulación acarrea de manera inevitable una aceptación de la bondad ontológica de lo que había antes de la desaparición de aquélla.

Parece obligado subrayar que este diagnóstico no dispensa atención alguna, ni sería ni liviana, a la crisis ecológica y a sus consecuencias. El *cortoplacismo* manifiesto que rodea a la propuesta aconseja cancelar cualquier consideración relativa a los límites medioambientales y de recursos del planeta, como aconseja dejar en el olvido cualquier suerte de cuestionamiento de los cimientos conceptuales de la economía oficial, y entre ellos los vinculados con el crecimiento y la productividad. El cambio climático, el encarecimiento inevitable –en el medio y en el largo plazo– del precio de la mayoría de las materias primas energéticas que hoy empleamos o la prosecución del expolio de los recursos humanos y materiales de los países pobres no parecen asomarse en momento alguno al discurso de quienes defienden esta propuesta. Pareciera, en otras palabras, como si la crisis tuviese una única dimensión, la financiera, y en modo alguno remitiese a problemas de fondo en el funcionamiento de la civilización capitalista.

No está de más identificar cuál es el contenido político de la propuesta que nos ocupa. A tono con su fundamento material, no parece contemplar otro horizonte que el que pasa por la acción institucional. Se trataría, en otras palabras, de promover leyes que reconstruyan la regulación y de alentar el despliegue, en paralelo, de un sindicalismo de pacto.

El segundo diagnóstico: salir del capitalismo

El segundo de los diagnósticos que nos interesan bebe de una percepción distinta en lo que respecta al capitalismo y su futuro. Considera, en otras palabras, que el capitalismo ha perdido dramáticamente los mecanismos de freno que en otros momentos le permitieron salvar la cara y entiende que, en consecuencia, ha iniciado una inquietante deriva terminal. Ya no es, en cualquier caso, el sistema eficiente –explotador, injusto y excluyente, sí, pero al mismo tiempo eficiente– que demostró ser en el pasado. La demanda que surge de la propuesta que ahora nos interesa reclama con urgencia salir del capitalismo, aun cuando al respecto se aprecien dos modulaciones distintas de esa exigencia. Si la primera reivindica una acción franca en ese sentido, la segunda, consciente de la debilidad de quienes podrían sacar adelante el proyecto anterior, se inclina más bien por aguardar que el colapso del sistema abra, por fin, los ojos de buena parte de la población. Las cosas como fueren, este segundo diagnóstico entiende que nuestros problemas no lo son, en exclusiva, con el capitalismo desregulado, sino que alcanzan, antes bien, al capitalismo considerado como un todo. De resultas, cualquier ejercicio encaminado, sin más, a reconstruir la regulación perdida no es sino un ingenuo puente de plata que se le ofrece al capitalismo (y que éste, por lo que parece, y dicho sea de paso, no muestra interés alguno en utilizar).

Agreguemos que este diagnóstico, a diferencia del anterior, otorga un relieve central a la crisis ecológica y contesta agriamente todos los enfoques de cariz *cortoplacista*. Frente a la

propuesta institucional de la primera de las visiones, y sin desdeñar en modo alguno la defensa cabal de derechos y libertades, promueve ante todo la acción desde una base que configurarían los movimientos sociales críticos. En ese marco plantea, por encima de todo, la creación de espacios de autonomía que escapen a la férula del capitalismo dominante, reivindica el asentamiento de fórmulas autogestionarias, discute agriamente las formas de propiedad hoy imperantes y se pronuncia, en el Norte opulento, por proyectos de decrecimiento y de cuestionamiento de la lógica del consumo.

Este segundo diagnóstico, a diferencia del anterior, considera al capitalismo como un todo, otorga un relieve central a la crisis ecológica y contesta agriamente todos los enfoques de cariz cortoplacista

Choque de trenes

Es preciso traducir, en términos de apuestas concretas, el sentido que esos dos diagnósticos han acabado por asumir entre nosotros. En torno a cada uno de ellos se han perfilado dos grandes bloques de trazos más o menos consolidados. En inicio el primero de los diagnósticos lo hicieron suyo las cúpulas de los dos sindicatos mayoritarios –Comisiones Obreras (CC OO) y la Unión General de Trabajadores (UGT)– y la dirección de Izquierda Unida (IU), no sin algunos apoyos externos como el dispensado por lo que llamaremos *economistas antineoliberales*. Es obligado subrayar que estos últimos, que han proporcionado buena parte del arsenal de argumentos en que ha acabado por sustentarse esta propuesta, han asumido una crítica frontal del neoliberalismo y una defensa cabal de los Estados del bienestar sin contestar, sin embargo, la lógica general del capitalismo que padecemos. En términos más precisos, pareciera como si esta primera oferta política, consciente de la literal imposibilidad de atribuir al Partido Socialista Obrero Español (PSOE) una condición socialdemócrata –fuere cual fuere el significado que asignemos a esta etiqueta–, se hubiera lanzado a ocupar el espacio dejado vacío por aquél, con la vista puesta, en el caso de IU, de atraer el voto de muchos simpatizantes socialistas hoy abiertamente decepcionados.

El otro bloque, el vinculado con el segundo diagnóstico, abarca un espectro más heterogéneo. En él se dan cita numerosos movimientos sociales de vocación crítica –en lugar singular los que se vinculan con el ecologismo en sus versiones más contestatarias–, el sindicalismo alternativo y segmentos importantes de lo que llamaremos *izquierda radical*. Aunque sobre el papel este bloque era más débil que el primero, las circunstancias parecen haber reequilibrado la situación. Ello es así de resultas, ante todo, de un hecho vital: al

amparo de su aceptación final de la oferta gubernamental, formalizada a finales de enero de 2011, los dos sindicatos mayoritarios han desertado del bloque en el que, a título provisional, se hallaban.

No deja de sorprender que la desertación mencionada no haya provocado reacciones agrias de repulsa del lado de los perjudicados. Y en este terreno pensamos tanto en la dirección de IU como en el grueso de los *economistas antineoliberales*. Si en unos casos se aprecia cierto intento de justificar a CC OO y UGT –de la mano unas veces de la sorprendente sugerencia de que el acuerdo aceptado por las centrales sindicales es saludable y en otras de la afirmación de que aquéllas han suavizado algunos de los términos más draconianos de los planes gubernamentales–, por ningún lado se barrunta un intento de dejar las estrecheces propias del primer diagnóstico en provecho de una apertura hacia lo que significan el segundo y las fuerzas que lo respaldan. De manera más concreta, sigue sin apreciarse del lado de IU ningún esfuerzo serio orientado a mejorar sus relaciones con los movimientos sociales críticos y con el sindicalismo alternativo. Es verdad que el acercamiento a unos y otro a duras penas es posible en un escenario en el que la coalición de izquierdas no ha cejado –parece– en su empeño de atraer a votantes socialistas descontentos.

De por medio es obligado certificar lo que por momentos se hace evidente: el fracaso de la opción política alentada al calor del primero de nuestros diagnósticos, descabezado de resultados de la por lo demás previsible desertación de CC OO y UGT. Tal vez es éste el momento adecuado para subrayar carencias básicas que rodeaban a esa toma de posición. Bastará con que recordemos que muchas de sus propuestas –así, la encaminada a reconstituir una banca pública– arrastraban ingenuidades imperdonables: ¿qué sería de esa banca en manos de gobernantes socialistas y populares? En paralelo, parece que ha llegado el momento de preguntarse por el buen sentido de los análisis que, tras explicarnos que para progresar en materia de productividad no era preciso reducir salarios ni congelar pensiones, prefieren esquivar cualquier consideración crítica seria de la cuestión principal: la relativa a esa formidable estafa que acompaña al concepto de productividad.

Más allá de todo lo anterior, no está de más agregar una consideración: sobran las razones para certificar que los sindicatos mayoritarios tienen una livianísima capacidad de movilización, de la que son, por cierto, culpables. Pilares fundamentales de sustento del sistema hoy existente, esos sindicatos, dependientes en buena medida de las ayudas públicas, hace tiempo que abandonaron cualquier estrategia de combate y resistencia, de tal suerte que conviene ser provocadores en el argumento: las bases de CC OO y UGT, hablando en propiedad, no existen. Así las cosas, y en lo que se antoja un anuncio de cambio de tercio, empiezan a acumularse los datos que sugieren que el segundo de los bloques que antes describimos, pese a su tradicional precariedad y dispersión, disfruta de mayores capacidades de acción y de movilización, y, con ellas, y a la postre, de mayor credibilidad.

Tres conclusiones rápidas

A efectos de perfilar nuestro conocimiento de los términos del debate cuyos grandes rasgos hemos intentado trazar se imponen tres conclusiones principales:

1. Aunque a menudo las disputas conceptuales tienen un interés limitado, la distinción entre *antineoliberalismo* y *anticapitalismo* exhibe en estas horas un relieve difícilmente rebajable. Quienes, a menudo orgullosamente, se sienten retratados de la mano del primer término no han asumido al respecto una opción inopinada: sus propuestas, que se dirigen, efectivamente, a contestar el magma neoliberal, en modo alguno aspiran a ampliar esa contestación para que alcance al capitalismo como un todo. Conviene agregar que en la mayoría de los casos ni siquiera se ha argumentado la necesidad, táctica, de defender con urgencia los Estados del bienestar para, más adelante, y estratégicamente, ampliar la esfera de las demandas y de las luchas. Ello es así, ante todo, de resultas de un dato que ya hemos manejado: de manera lamentable la crisis ecológica no forma parte, ni de manera retórica, de las preocupaciones de quienes se encuentran en esta posición.
2. Si así se quiere, y en estrecha relación con lo que acabamos de señalar, nos encontramos ante una relativa paradoja: aun cuando en el pasado, y desde la izquierda tradicional, la cuestión ecológica era encarada con cierta displicencia, como si se tratase de un problema menor por el que sólo sentían algún interés, siempre reducido, las clases medias aposentadas, el escenario está cambiando a marchas forzadas. Y lo está haciendo porque la contestación más franca del capitalismo de estas horas llega en buena medida del mundo del ecologismo radical. O, para decirlo mejor: se está produciendo merced a una síntesis entre las luchas sociales de siempre y lo que, vía contestación del crecimiento y del consumo, nos propone el ecologismo mencionado.
3. El proyecto *político* alentado por el primero de los bloques que hemos identificado arrastra hoy problemas graves. Y no estamos pensando sólo en la posibilidad de que el intento de ocupar el espacio socialdemócrata que el PSOE ha dejado libre no produzca los resultados apetecidos. Mayor relieve tiene el hecho, incontestable, de que los beneficios que parecían derivarse de la consolidación de ese bloque han demostrado no ser tales. Si, por un lado, el abandono con que han obsequiado a ese proyecto, con su conducta, las direcciones de CCOO y UGT ha abierto una herida sin fondo, por el otro ni siquiera puede reivindicarse una suerte de *legitimación por la eficacia*. Y es que el proyecto que nos ocupa no ha sido capaz de crear, siquiera, un consenso social en torno a una iniciativa tan poco ambiciosa, y tan poco adaptada a las exigencias del momento, como era la mera defensa, sin más aditamentos, de los Estados del bienestar.